



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA PARA COMPARTIR LA SANIDAD DE JESÚS MARCOS 5:1-20

Jesús es el Señor de la vida, que triunfa sobre las fuerzas que mantienen al ser humano en total postración y sin esperanza. Jesús nos está llamando a ser una comunidad que en su nombre cumple su misión sanadora.

Imaginemos por un momento a un hombre que ya no se reconoce a sí mismo. Que se despierta cada mañana sin saber quién es, sin recordar su nombre, sin poder mirar a nadie a los ojos. Un hombre que vive entre tumbas, rodeado de muerte, gritando en las noches, golpeándose con piedras, mientras la gente lo evita, lo señala, le teme. Nadie lo abraza. Nadie lo llama por su nombre. Nadie lo invita a comer a su casa. Solo lo ven como “el loco”, “el peligroso”, “el que está endemoniado”. Y lo peor no es el dolor que siente, sino la soledad que lo envuelve: nadie se acerca, nadie se queda, nadie se hace cargo. ¿Cómo se puede llegar a un estar tal? ¿Cómo una sociedad puede llegar a un estado de enfermedad colectiva?

¿Nos hemos sentido así alguna vez? ¿Con el alma hecha pedazos, gritando en silencio, mientras los demás siguen con sus vidas como si nada? ¿O quizás hemos estado del otro lado: viendo a alguien sufrir, pero sin saber qué hacer, con miedo de acercarnos, con la excusa de que “ya está muy mal”, “ya no hay remedio”, “mejor ni te metas”? Esta historia recorre no es solo un relato antiguo de un exorcismo es un espejo de lo que nos pasa cuando el dolor emocional y espiritual nos desborda, cuando la sanidad de uno incomoda a muchos, y cuando Jesús se acerca a donde nadie

más quiere llegar y sana integralmente la vida de un hombre.

SANIDAD DE TODA ATADURA

Hay muchos tipos de ataduras. Muchas de ellas van con nosotros como compañeras fieles de viaje. Ya se han acostumbrado a nosotros y nosotros a ellas. Quizá creemos, como en tiempos antiguos, que un fatal conjuro nos fue hecho, o que un pecado oculto nos ha cobrado la factura. Nos resignamos a ellas y hasta las defendemos como si fueran un don, o las encubrimos para soportar las burlas y segregaciones de aquellos que se sienten “puros”, como en tiempos de Jesús.

Cuando Jesús se hace a la mar con sus discípulos ya era bastante tarde (Mc.4:35). Se encontraban en el lago de Galilea y cruzan 8 kilómetros antes de llegar a la otra orilla, a la ciudad pagana de Gadara en la región conocida como Decápolis, que era una confederación de diez ciudades con cultura greco-romana. Anteriormente, ya les había sorprendido la tormenta (4:37) y los discípulos habían experimentado la autoridad de la palabra de Jesús que calma y tranquiliza las aguas. Habían tomado tierra en una parte del lago donde existían muchas cavernas y formaciones rocosas; y siendo de noche el lugar parecía siniestro. Entre las tumbas aparece un hombre endemoniado, aunque el Evangelio de Mateo nos dice que no era uno sino dos (8:28). Era el lugar donde acostumbraban a vivir las personas que padecían toda clase de males, identificadas como malignas. Era tal la

fuerza de este hombre que nadie podía controlarlo, y aun cuando lograban atarle con cadenas y grillos, éstas eran echas pedazos por su gran fuerza. Daba voces en los montes y en los sepulcros y se lastimaba golpeándose con piedras. Tal era su pena, que no sólo exclamaba por un solo dolor que le atormentaba, sino por la interminable lucha que había en su alma y que se agolpaba como una legión de 6,000 soldados, que a una lanzaban sus dardos contra su frágil y atormentada vida. No es solo que “esté enfermo”; es que ha perdido todo lo que lo hacía humano: su hogar, su familia, su lugar en la comunidad, su nombre, su dignidad. El aislamiento lo ha convertido en un extraño para sí mismo. La autoagresión muestra que el dolor ya no solo lo expresa hacia afuera; sino que se vuelve contra su propio cuerpo. Y el grito es lo único que le queda: un grito que nadie escucha, o que todos escuchan pero nadie quiere oír, o a nadie le interesa.

Jesús no huye. No manda a los discípulos que lo alejen. No le dice que “tenga más fe”. Se acerca, lo mira, y éste le pregunta: “¿Qué tienes tú conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego por Dios que no me atormentes”. Y Jesús le responde con una pregunta que lo devuelve a su identidad: “¿Cómo te llamas?” El hombre responde: “Legión me llamo, porque somos muchos”.

Pero al ver a Jesús, se postró ante él y le adoró. Qué ironía, el maligno que ata al hombre, reconoce la identidad de Jesús, y le adora suplicándole que no le atormente más, que no le despidan de su tranquila posada, que no lo lance fuera de esa provincia, y que si lo va a hacer, que al menos los envíe a un ato como de 2,000 puercos. Y Jesús accede y las cadenas se rompieron. No es solo un endemoniado; es un hombre fragmentado, ocupado por muchas voces, muchos traumas, muchos dolores. Y Jesús, en lugar de condenarlo, lo libera. El símbolo de los demonios posándose sobre el ato de cerdos y despeñándose hacia el mar era una pública señal de la sanidad operada en ese hombre. Si son expulsados del hombre, los demonios no podrán seguir actuando en aquella región, a no ser en “otro cuerpo”, de ahí la importancia de la petición. Pero en el

consentimiento de Jesús aparece la ironía: los animales impuros son el lugar de la Legión. La concesión de Jesús es sólo aparente, porque cuando los animales se ahoguen en el mar, la legión se queda “sin cuerpo”, con lo que la expulsión llega a su fin; no hay pacto posible, no hay “medias tintas”, no deja nada inacabado. Cristo ha triunfado definitivamente.

El Señor libra de los peligros imaginarios como reales, porque comprende el dolor que nos causan nuestras ataduras y muestra en cada acción hacia nosotros, su compasivo cariño y su firme compromiso por traernos la salud, restaurar la paz y devolvernos el amor hacia nuestras personas. Y es en la soledad, que como espejo refleja la imagen donde ese hombre se ve, se sabe y se descubre como una persona importante para Dios, y en virtud de ello, importante para él mismo. Es en ese encuentro íntimo, silencioso con Jesús, que se reducen a cenizas las conversaciones vacías de los detractores de Jesús, los mensajes mezquinos de los dueños de los animales y la vaciedad de las costumbres que clasifican a los hombres y las mujeres en enfermos y sanos, fuertes y débiles, ricos y pobres, inteligentes e ignorantes, blancos y negros, mestizos e indígenas. El hombre de nuestro relato se ve ahora con amor, con dignidad y deseos de vivir. Estaba sentado y ya no se arrastraba, estaba vestido y ya no desnudo; estaba en su cabal juicio y ya no en su desenfrenada locura. Se mira y se ve otro; se mira y se ama; se mira y se transforma; se mira y un nuevo horizonte de plenitud se abre ante él.

Pero ha de quedarnos claro, que la acción de Jesús a favor este hombre fue más que un puro acto de exorcismo. Fue algo más profundo, porque si la misión de Cristo solo se limitara a sanar brazos y piernas; ojos y lepra; sería un buen taumaturgo y nada más. Jesús trajo con su Palabra la plena y total libertad, sin ataduras, sin limitaciones. Libertad para vivir con una nueva identidad, un nuevo sentido de pertenencia y de autenticidad. Libertad para vivir más que vencedores. Libertad para vencer la muerte. Libertad para ser salvos en el tiempo y para la eternidad.

Pero la historia no termina aquí. Los testigos del milagro huyen llenos de miedo y avisan a los demás, quizá a los dueños de los animales, de todo lo que ha pasado. Cuando estos llegan y descubren lo acontecido no glorifican a Dios por la salud del hombre, sino hacen cuentas de sus pérdidas y le piden a Jesús que se vaya de su región. ¡Qué triste! No lo abrazan. No le preguntan cómo se siente. No lo invitan a su casa. Lo que hacen es rogarle a Jesús que mejor se vaya de sus contornos. ¿Por qué? Porque la sanidad de un hombre les costó muy caro: perdieron una piara de cerdos. Prefieren un endemoniado conocido que a un sanado que les genera pérdidas. Prefieren la estabilidad de su economía que la transformación de una vida.

La fuerza del amor de Jesús había roto el círculo diabólico del poder opresor, pero no puede romper la resistencia de los hombres apegados a sus bienes. Estos hombres no se percatan de la salud de su hermano, sino de la desgracia que sufrieron por la pérdida de sus animales. Estaban más molestos porque la rutina de sus vidas se había trastocado y deseaban que el elemento perturbador desapareciera: “Vete Jesús, no perturbes nuestra comodidad; no destruyas nuestras posesiones; no perturbes nuestra religión. Preferimos a un endemoniado, pero con nuestra seguridad inalterable. ¡Vete!”. Pero Jesús sabía que alguien le necesitaba, que alguien esperaba ser restituido, que allá en Gadara había un hombre que requería ser sanado. Fue y lo liberó a pesar de todo y de todos. Hermanos, Jesús no se va de nosotros hasta cumplir su propósito de vida. La gente de Gadara no vio en el hombre sanado una señal del Reino; vio una amenaza a su comodidad. Esta reacción nos duele, pero también nos interpela. Qué hacemos nosotros con quienes Jesús ha decidido sanar a cuenta nuestra ¿Nos alegramos o lo rechazamos y le decimos a Dios, no queremos a esta clase de Jesús?

SANIDAD COMO MISIÓN

La historia termina cuando el hombre sanado le pide a Jesús: “Déjame ir contigo”. Y Jesús ve en él un potencial de vida y testimonio aún más poderoso que hacerse uno más de los doce. “Vete a tu casa, a los tuyos y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti”. Este hombre se convirtió en la primera semilla de lo que con el tiempo sería una gran cosecha. El primer contacto con la civilización griega se estableció en Decápolis, y la gloria de lo que habría de ser el cristianismo en el mundo griego, comenzó con un hombre poseído a quien Jesús encontró, amó y sanó. Si miramos más adelante en este mismo Evangelio, en el capítulo 7, versos 31-37, Jesús regresa a Decápolis, y la gente ya no lo corrió, sino que le trajeron a un enfermo y le rogaron que lo sanase, y se maravillaron por su obra. ¿De dónde el cambio de actitud? ¿Quién los hizo cambiar de opinión y de la manera de recibir a Jesús? Solo pudo ser uno: el testimonio de aquel hombre. Hizo exactamente lo que Jesús le mandó y transformó la opinión, y el corazón de los hombres acerca de Jesús, y cuando llegó, le buscaron, le recibieron, le rogaron y creyeron en él. Lanzó sus redes y la cosecha fue abundante.

El Señor nos está llamando a crear espacios seguros para la sanidad emocional y espiritual de las personas, el gadareno ya no necesitaba cadenas; necesitaba una comunidad. La iglesia debe ser red de contención y de recepción amorosa. No priorizar lo material sobre lo humano: a veces, por mantener “la paz”, la imagen, o los recursos, silenciamos a quienes claman por sanidad. Jesús no teme perder cerdos; teme perder personas. Abramos espacios para que la luz de Cristo transforme y sane no solo a uno, sino a toda la comunidad.

AMÉN